



Universidad Mayor de San Andrés

Instituto de Investigación, Interacción Social y Posgrado
Observatorio de Políticas Públicas y Sociales

ANÁLISIS

EL DOLOR QUE NO SE VE... Y LAS VOCES QUE CALLAN

Cecilia Santacruz - investigación

Luis Tito - diseño técnico

María Luisa Quenallata - edición

3 de junio 2025

La violencia contra niños, niñas y adolescentes en América Latina y el Caribe representa una crisis urgente que exige acción concertada y prioritaria desde la política pública y social. La región ostenta la tasa de homicidios infantiles más alta a nivel mundial, y una prevalencia alarmante de abuso físico, sexual y emocional. En Bolivia, ATB Digital informó el 13 de abril que un promedio de 19 casos de abuso sexual contra niños, niñas y adolescentes se registraron cada día en el país durante 2024[1]. Esta alarmante cifra subraya la grave situación de violencia que enfrenta la niñez y la necesidad urgente de reforzar los sistemas de protección.

El maltrato infantil es cualquier forma de abuso o desatención que afecte a la infancia y la niñez, y que se traduce en maltrato físico o afectivo, abuso sexual, desatención, negligencia, explotación comercial, entre otros. Las acciones u omisiones tienen la intención de hacer daño al sujeto de protección y el agresor concibe el daño como su fin principal.

Desde una perspectiva global, la Organización Mundial de la Salud OMS (2024) detalló que seis de cada 10 niños menores de cinco años (alrededor de 400 millones) sufren regularmente castigos corporales o violencia psicológica perpetrados por sus progenitores o cuidadores.

Asimismo, una de cada cinco mujeres y uno de cada siete hombres declaran haber sufrido abusos sexuales durante la infancia[2].

El maltrato infantil es una realidad cotidiana, pues, pese a que la familia y el hogar deberían ser espacios de protección y seguridad, este delito a menudo ocurre precisamente allí. Por eso, no resulta raro que la prensa lo refleje diariamente de esta manera:

[1] Según el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), que se basó en datos oficiales de la Fiscalía General del Estado. <https://www.atb.com.bo/2025/04/13/bolivia-19-casos-diaros-de-abuso-infantil/>

[2] Fuente: <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/child-maltreatment> (5/11/2025)

Dos niños escapan de casa por temor a su madre en estado de ebriedad y son rescatados por la Policía. (28/05/2025)[3]

La violencia que ocurre “puertas adentro” resulta difícil de detectar y dimensionar, lo que facilita que se manifieste en diversos ámbitos como el hogar, el barrio, la escuela, el trabajo e incluso en instituciones de protección y justicia. Esta puede ser ejercida por padres, familiares, cuidadores, compañeros o personas ajenas al entorno cercano.

De este modo, quienes se espera que protejan a este grupo vulnerable son precisamente quienes los agreden o abusan. Un hecho que lo confirman investigaciones y estadísticas sobre el tema en la región, que dan cuenta de que los abusadores son conocidos por las víctimas y, en una proporción significativa, son familiares. También las experiencias de violencia y abuso sufridas por los propios padres durante su propia infancia son un factor de riesgo importante, pues sugiere una transmisión intergeneracional de la violencia.

Madre flageló a su hija de tres años y fue aprehendida

La progenitora, de 22 años, tiene antecedentes: en 2019 se le abrió un caso por abandono de dos de sus cuatro hijos... De manera preliminar, estiman al menos 20 días de incapacidad médico legal, debido a las evidentes secuelas del flagelo.

El maltrato infantil a menudo queda oculto, por lo que solo una parte de las víctimas recibe apoyo de profesionales. Las denuncias oficiales representan solo una cifra parcial de la cantidad de estos delitos, ya que la mayoría quedan sumergidos en el silencio por miedo, falta de información o la normalización del castigo físico y verbal como parte de la educación.

Las consecuencias del maltrato infantil son graves y pueden perdurar a lo largo de toda la vida. Entre ellas se incluyen problemas de salud física y mental, como lesiones, trastorno de estrés postraumático, ansiedad, depresión y otros trastornos psicológicos. El maltrato también puede afectar negativamente el desarrollo físico, cognitivo, emocional y social del niño. A largo plazo, estas secuelas se reflejan en dificultades sociales y laborales, disminución del rendimiento académico y cognitivo, y una mayor propensión al consumo de sustancias, tabaquismo y conductas sexuales de alto riesgo. Los niños que sufrieron violencia tienen más probabilidades de abandonar la escolaridad. Además, quienes fueron víctimas de abuso en la infancia presentan un mayor riesgo de ejercer violencia en la adultez, perpetuando así el ciclo de maltrato.

A pesar de su complejidad y la dificultad para medirlo con precisión, las fuentes enfatizan que es posible prevenir el maltrato infantil antes de que ocurra.

[3] Fuente: <https://alertabolivia.net/dos-ninos-escapan-de-casa-por-temor-a-su-madre-en-estado-de-ebriedad-y-son-rescatados-por-la-policia/12495/> (28/05/2025)

[4] Fuente: <https://www.opinion.com.bo/articulo/policial/madre-flagelo-hija-tres-anos-fue-aprehendida/20250530130849973481.html>)

Para ello es importante fortalecer las políticas públicas dirigidas a la protección de la niñez y la infancia como el Sistema Plurinacional de Protección Integral de la Niña, Niño y Adolescente (SIPPROINA), asignación de recursos adecuados para la prevención. Asimismo, imperativo una transformación paradigmática que supere aquellas perspectivas proteccionistas y adulto-céntricas, bajo un enfoque basado en los derechos. Este enfoque contribuiría a consolidar un sistema de protección basado en el reconocimiento efectivo de los derechos de la infancia, promoviendo su bienestar en un marco de justicia social y equidad.

